



LOS CINCO MONTES

Parte I El propósito Eterno de Dios

Michael Clark y George Davis

Traducido por Pablo Gongora

El proverbio “Sin profecía el pueblo se desenfrena...” (Proverbios 29:18), es verdadero. Por otro lado, nuestro comportamiento se restringe y se inspira cuando vemos el Propósito Eterno de Dios y nos aferramos a él. La gente que no conoce el propósito eterno de Dios desecha su amorosa restricción y hace suprema cualquier cosa de inferior valor. Hoy día, la restricción e inspiración de una visión divina escasea ampliamente por toda la cristiandad. Los cristianos pasan su existencia mudándose de una esperanza a otra, y con el tiempo, cada esperanza prueba no tener ninguna consecuencia eterna. Estos cristianos son sinceros e indudablemente fieles a lo que ellos piensan que es lo último en sus vidas, pero Oseas profetizó sobre ellos cuando habló a Efraín y a Judá diciendo: “La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece.” (Oseas 6:4-6).

Este artículo es un intento de compartir la visión que ha cambiado nuestras vidas radicalmente, restringiéndonos y cautivando nuestros pensamientos y acciones. Cuando vemos el plan eterno de Dios, las muchas prácticas mundanas de la iglesia moderna se hacen obvias—son como el rocío de la mañana que viene y va con una regularidad predecible, pero que nunca dura ni satisface. ¡Oremos que al leer estas páginas seas atrapado por la visión celestial para que más que nunca, seas apartado como un instrumento santo para Aquel que busca atraparte!

De Sinaí a Sión

“Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos.” (Hebreos 12:18-25)

En este pasaje, el autor de Hebreos compara el viaje del Israel natural por el desierto con nuestro llamado y peregrinaje celestial. Este viaje espiritual corresponde en tipo a cada fase del peregrinaje de Israel desde el Monte Sinaí en el desierto, hasta el monte Sión, en la tierra de la promesa. Cada tramo de su viaje está lleno de significado—cada milla contiene una lección. Podemos aprender de nuestro viaje espiritual y lo que significa llegar a Sión por el recuento de su peregrinaje espiritual.

Dios marcó el progreso de Israel en este viaje usando montes y colinas como mojones que más tarde conmemorarían ciertas verdades y eventos. En las generaciones que vendrían después, cuando un monte o colina específica atraía su atención, se recordaba el evento que conmemoraba. Había dos montes más y una colina en el camino entre Sinaí y Sión, haciendo un total de cinco memoriales. En las páginas siguientes consideraremos estos cinco memoriales y las verdades que prefiguraron.

Si entendemos como el Israel natural vino al monte Sión, podremos apreciar mejor lo que significa haber venido a la Jerusalén celestial, la morada del Dios viviente. Los propósitos de Dios se extienden mucho más allá del Sión natural, de tabernáculos naturales y de templos físicos, llegando hasta el ámbito celestial, entrando en el verdadero tabernáculo en los cielos que levantó Dios y no el hombre (lee Hebreos 8:2). Primero lo natural, luego lo espiritual.

Os invitamos a poner vuestro calzado para caminar y que os unáis a nosotros al seguir los pasos de Israel desde el monte del temblor—Sinaí en el desierto—hasta el glorioso monte Sión, la ciudad del Gran Rey. Para algunos de vosotros esto será como dar un paseo por el camino de la memoria. Para otros será un llamado radical a abandonar los estrafalarios asentamientos del hombre religioso que ha dejado de seguir a la nube de Dios y de viajar hacia la Jerusalén celestial. Es un llamado a abandonar las sombras de la religión y a viajar hacia la luz y la sustancia de un Dios eterno. Comenzaremos donde comenzó el autor de Hebreos, en el monte del temblor, *Sinaí*.

Sinaí y el Propósito Eterno de Dios

Habían pasado dos meses desde que los hijos de Israel salieran de la tierra de Egipto, que todos reconocemos como un tipo de la liberación del creyente del presente mundo malo. Finalmente, después de pasar por las aguas del Mar Rojo, que fueron separadas milagrosamente, y de ser testigos de la desaparición de los ejércitos que habían sido enviados para devolverlos una vez más a la esclavitud, Israel llegaba al desierto del Sinaí.

Israel acampó en aquel lugar mientras Moisés subía al Monte a la orden de Dios. Dios habló el siguiente pasaje a Moisés. Recuerda que este fue el primer mensaje a Israel en relación con su llamado, propósito y destino como nación.

“Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.” (Éxodo 19:4-6)

Por causa de la influencia de escuelas dominicales previas y de la cinematografía, tendemos a ver a Sinaí como exclusivamente el lugar en el que Dios dio la ley. Si eso es todo lo que vemos, estamos perdiendo por completo el significado. Sinaí es el lugar en el que Dios reveló Su eterno propósito orientador para el pueblo de Israel. “Os he traído a Mí... Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa.” Este es el corazón de todo el asunto. Este es el mensaje que Dios ordenó a Moisés que hablara a los hijos de Israel.

“Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.” Éxodo 19:7-8).

En este punto, la relación de Dios con el pueblo y la relación de ellos con Él, era conducida estrictamente por medio de Moisés. Moisés llevaba la palabra de Dios al pueblo e informaba a Dios de la respuesta de ellos. Con todo lo bien que hubiera podido funcionar este sistema, esta clase de relación de segunda mano con Dios se quedaba muy corta de la intención final de Dios para con Su pueblo. Él desea intimidad, que cada uno pueda venir delante de Él como parte de Su reino de sacerdotes.

El cumplimiento del deseo de Dios de atraer completamente hacia Sí mismo a un pueblo lo documenta Apocalipsis 21:2-4. Mientras Juan observaba a la Nueva Jerusalén bajar del cielo, preparada como una novia adornada para su marido, escuchó una gran voz que decía:

“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”

Volveremos a considerar este pasaje más adelante. Por ahora, es suficiente decir que Dios desea tener un pueblo traído completamente a Él en una unión—tan cercana que Él personalmente puede enjugar las lágrimas de los ojos de ellos y quitar la tristeza y el dolor de las cosas viejas. Él sigue llevando a ese pueblo a Sí mismo, y lo seguirá haciendo hasta que todos los llamados por Su nombre estén en una relación cara a cara con Él.

Vamos a parar un instante para considerar un poco más el doble énfasis, “Os he traído a Mí mismo” y “Seréis un reino de sacerdotes... una nación santa”, puesto que esta es la gran prioridad de Dios. Desde que Eva y Adán cayeran, la primera prioridad de Dios ha sido reconciliar el hombre consigo Mismo, restaurar ese frescor de la comunión diaria que se perdió por el pecado de Adán. Este es el principal propósito orientador de los tratos de Dios con el hombre. Solo aquellos que Él ha traído a Sí Mismo por medio de una gran obra redentora de Su Espíritu podrán ser ese reino de sacerdotes, esa nación santa que Él busca. Este sacerdocio existe para cumplir Su primera prioridad, la de reconciliar consigo Mismo a los hombres. Solo aquellos a quienes Dios ha llevado a una relación cercana consigo mismo podrán ser Sus sacerdotes, expresando sus virtudes.

La primera disposición de los asuntos de Dios en Sinaí fue la de establecer esa conexión y atraer hacia Sí Mismo a un pueblo—invitándolos a Su presencia santificadora para que pudieran ser una extensión de Su amor al resto del mundo. Dios reveló Su propósito divino a Abraham, el padre de la nación. “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz.” (Génesis 22:18).

Como es costumbre en Dios, comenzó Su proceso con un hombre. Vemos en Moisés la verdadera función de su sacerdocio. Moisés vino a Dios en la zarza ardiente y fue enviado como profeta para dirigir un gran éxodo, prefigurando la obra redentora del Señor Jesucristo (Hechos 3:22). La grandeza de Moisés no fue debida a ningún rito natural de pasaje, sino a su relación cara a cara con el Señor, que fue sin igual entre los profetas de Israel.

De Moisés se escribiría más tarde,

“Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara.” (Deuteronomio 34:10)

Por su relación cara a cara con Dios, Moisés poseía un conocimiento poco común de los caminos de Dios. El salmista escribió, “Sus caminos (*derek... manera, hábito, forma o curso de vida, carácter moral*) notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras.” (Salmos 103:7). ¿Cuál era el corazón de este verdadero sacerdote y profeta que conoció los caminos de Dios? ¿Qué es lo que hizo cuando el pueblo merecía la ira de Dios?

“Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado. Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.” (Éxodo 32:30-32).

Moisés mostró el corazón de Aquel que es el Mediador entre Dios y el hombre, el Señor Jesucristo (lee 1ª Timoteo 2:5). Los hombres que no han entrado en una unión cara a

cara con Dios no pueden conocer Sus *camino*s y por tanto, nunca podrán ser sacerdotes para Él, siendo Sus representantes.

Hoy en la cristiandad vemos un gran énfasis en conocer las obras de Dios. Miles asisten a conferencias y seminarios por todo el mundo buscando un toque de Dios, alguna manifestación de Su poder. También estudian el libro de los Hechos y esperan hacer una réplica de lo que sucedió cuando Él obraba por Su Espíritu en la iglesia primitiva. El lema no verbal de muchos se ha convertido en “Edifica y Él vendrá”. Pocos Le conocen verdaderamente en una realidad cara a cara, porque buscan Sus manos, no Su rostro.

Jesús dijo a la mujer en el pozo de Sicar, “Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que Le adoren.”

La palabra traducida como *verdad* es muy reveladora: *a* –participio negativo y *lanthano* – estar escondido, esconderse de alguien, secretamente, desapercibido, desconocido. Ambas juntas *a-lanthano*, significa no escondido, no secreto, completamente consciente y conocido. En la mente de Dios esto es la verdadera adoración. La tendencia a esconderse de Dios y del hombre, pasando desapercibido y sin un conocimiento íntimo de Él, tiene su origen en la caída del hombre.

Este era el estado de Adán y Eva después de su pecado. “Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales...Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí.” La palabra hebrea traducida por *desnudo* en este pasaje es:

Mre`aram (aw-ram’)

Sutileza 1, astuto 1, prudente 1, cautela 1, muy 1; 5

- 1) Ser sutil, perspicaz, astuto, cauteloso, tomar consejo astuto, ser prudente.

En la mente de Dios, lo opuesto a la verdad no es solo mentir, sino también cuando toda tu vida es una mentira, un encubrimiento, un engaño. Después de la caída, Adán y Eva se volvieron sutiles, astutos, perspicaces, precavidos e ingeniosos. Dios dijo, “He aquí, el hombre se ha vuelto como uno de nosotros”. Se había vuelto como Satanás. Se habían vuelto astutos, escondiendo sus motivos de su prójimo, sin vivir abiertamente y en verdad por causa de la maldad en sus corazones. Vemos esto en Caín, cuando sacó a Abel al campo y lo mató, permitiendo que se manifestara por primera vez en un hombre aquel que es el Mentiroso y el Homicida desde el principio.

Es hora de que los que nombran el nombre de Cristo, dejen a un lado las cosas infantiles de la naturaleza caída. Pablo escribió:

“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.” (1ª Corintios 13:9-12).

La primera prioridad de Dios es, ha sido y siempre será, llevar a un pueblo de nuevo a una comunión cara a cara con Él, para que ellos puedan dar a conocer Sus *camino*s en Espíritu y verdad. Esta es la verdadera historia de Sinaí. Dios no deseaba a un solo

sacerdote o a una selecta casta de sacerdotes, sino un reino de sacerdotes. No buscaba un hombre santo, sino una nación santa. No era suficiente que un hombre tuviera un conocimiento íntimo de Él, porque Él quería hacer peculiar a toda la nación de Israel por medio de una relación cara a cara con Él.

Si lees cuidadosamente el registro completo de Éxodo 18 a 24, descubrirás que los que más se acercaron a Él, fueron los que más tarde dirigirían a la nación de Israel hasta Sión delante de todo el pueblo. Por causa de énfasis y queriendo ser breves, os daremos la versión condensada.

Dios dijo a Moisés que santificara al pueblo durante dos días, instruyéndoles que lavaran sus ropas porque al tercer día bajaría sobre el Monte Sinaí a la vista de todo el pueblo. Al sonar de la trompeta, tenían que subir al monte, con mucho cuidado de no tocarlo. Moisés hizo como el Señor ordenó, santificó al pueblo, y ellos lavaron sus ropas. Al tercer día por la mañana, Dios descendió sobre el Monte en llamas. Columnas de humo subían como si el monte fuera un horno, y toda la montaña fue sacudida violentamente. Hubo truenos y relámpagos y sobre el monte cayó una espesa nube al sonido fuerte de la trompeta. Toda la gente en el campamento se estremeció mientras Moisés los sacaba del campamento para encontrarse con Dios, quedándose en la parte inferior del Monte Sinaí. Conforme se hacía más fuerte el sonido de la trompeta, Moisés hablaba y Dios le respondía con una voz. Después, Dios bajó hasta la cumbre de la montaña y llamó a Moisés. Fue entonces cuando le dijo a Moisés, “Ve, desciende, y subirás tú, y Aarón contigo; mas los sacerdotes y el pueblo no traspasen el límite para subir a Jehová, no sea que haga en ellos estrago.” (Debe apreciarse entre paréntesis que aunque nadie recibió la autorización para ni siquiera tocar el monte, no obstante Dios invitó a Aarón, el sumo sacerdote, a subir al monte con Moisés. Él no sería el último).

Después Dios pronunció diez puntos de la ley que gobernaría las relaciones de Israel con Él y entre sí mismos (lee Éxodo 20:1-17). Dios dio instrucciones al pueblo de acercarse al monte, pero cuando éstos vieron los relámpagos y el humo y oyeron el trueno, el sonido de la trompeta, y la voz de Dios, se apartaron en temor, temblando y permaneciendo a cierta distancia. Podían tolerar el fuego, el humo y el trueno, pero no la voz de Dios. Les gustaban las cosas tal y como eran antes, cuando Moisés les traía la palabra de Dios y regresaba a Dios con la respuesta de ellos. Esto parecía mucho más seguro.

Así, dijeron a Moisés, “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos.” (Éxodo 20:19). Moisés explicó que Dios estaba simplemente probándolos, y que no pretendía matarlos, pero aún así, no estaban dispuestos a acercarse. ¡No! ¡Se echarían a un lado! Quizás, las palabras más tristes en la Biblia están en el versículo 21 de Éxodo 20. “Entonces el pueblo estuvo a lo lejos, y Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios.”

F.B. Meyer escribió sobre la tendencia del hombre a apartarse de Dios y buscar mediadores que les hablen en lugar de Dios.

Actualmente, el típico asistente de iglesia se encoje alarmado ante tal intromisión divina en la vida. “¡No tan de cerca!”, clama en tono aprensivo. Y luego intenta que su sacerdote o ministro, que su credo o sacramento, su iglesia o lugar de reunión, se conviertan en su Moisés, para mediar ante Dios y traer el cristal ahumado, para que la luz templada pueda ser mitigada para su vista. “Habla tú con nosotros, y oiremos. Pero que no hable Dios, no sea que muramos...”

Qué contraste con la condición del alma que dice con Samuel, “Habla Señor, que tu siervo escucha”, o con David, “No calles porque si callares, me volvería como los que bajan al abismo”.

Hasta ahora solo Moisés y Aarón habían subido al monte de Dios. Ese número se iba a incrementar exponencialmente. En Éxodo 24:9-17 leemos, “Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel, subieron; y vieron al Dios de Israel y comieron y bebieron delante de Él. Desde ahí, Moisés y Josué su ayudante prosiguieron en la montaña de Dios” (lee Éxodo 24:13). Aarón el Sumo Sacerdote y Josué, el sucesor de Moisés, que luego guiaría a los hijos de Israel a la tierra de la promesa, ambos ascendieron al monte de Dios con Moisés. Primero tenían que verle y conocer Sus caminos antes de poder guiar al pueblo y tener algo que darles.

El llamado a la grandeza es un llamado a acercarse a Dios. Solo los que tienen una relación cara a cara con Él, los que conocen Su nombre, pueden conocer Sus caminos y ser sacerdocio santo para Él. Al seguir a Israel en su caminata desde Sinaí a Sión, veremos este hilo a todo lo largo, llegando a su consumación en Su Hijos y en muchos hijos.

Moisés conoció a Dios cara a cara y conoció los caminos de Dios. Los hijos de Israel se echaron atrás y solo conocieron las obras de Dios. Esto llenó todo el viaje hasta Sión de conflicto constante, discusión y queja. Dios dijo de esa generación terca, “... durante cuarenta años... fui provocado con esa generación y dije, Siempre andan vagando en su corazón; no han conocido Mis caminos” (Hebreos 3:10). Esta es la causa y el efecto. Siempre se apartan porque no conocen Sus caminos. Cuanto pecado y confusión desaparecerían si el pueblo de Dios conociera Sus caminos.

Toda una generación pereció en el desierto porque rehusaron caminar por la fe y conocer Sus caminos. En lugar de compartir la visión de Dios y el propósito acercándose a Él, obedecieron a medias y sin pensar unas interpretaciones superficiales de la ley. Por su falta de visión y fe, fueron “como el caballo, o como el mulo, que no tienen entendimiento: cuya boca tiene que ser sujeta con cabestro y con freno” (Lee Salmos 32:9) Es por falta de visión que el pueblo se desenfrena (Proverbios 29:18), no por falta de ley.

El mensaje de Sinaí no fue la ley. Todos los tratos de Dios con Israel incluyendo la ley, tenían por objetivo este fin. “Os traje a Mí... Me seréis un reino de sacerdotes, nación santa”. Este es el propósito declarado de Dios. Nunca ha cambiado. Es eterno. El cumplimiento final de este propósito eterno está en Cristo.

El apóstol Pedro escribió, “más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1ª Pedro 2:9). La palabra traducida por “virtudes” en este pasaje tiene un matiz más cercano. La palabra griega usada es *arete* que significa “un curso de pensamiento, sentimiento o acción virtuoso”. Va mucho más allá de un servicio verbal al Señor. Sus sacerdotes son vasos de Su naturaleza y de Sus virtudes. Sus pensamientos son Sus pensamientos. Sus sentimientos son Sus sentimientos. Sus acciones son Sus acciones. Sus caminos son Sus caminos. Así es como anunciamos Sus virtudes; mostrando Sus virtudes, proclamándole en poder. Solo los que han estado en Su presencia pueden proclamarle en poder. Solo los que han estado en Su presencia pueden reflejar Su gloria. Por causa del encuentro cara a cara de Moisés con Dios, Su rostro brilló con tanta fuerza que tuvo que cubrirse con un velo. ¡Dios ha quitado el velo desde la muerte y resurrección de Cristo! Y así, “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en

gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2ª Corintios 3:18). El rostro de Esteban brilló como el rostro de un ángel al ver al Cristo exaltado.

Mantengamos en nuestra mente este propósito como lo más importante mientras seguimos con Israel en su viaje de Sinaí a Sión. El máximo deseo de Dios es librar a cada individuo de la esclavitud y atraerlo hacia Él mismo. Entonces comienza el proceso de transformar a Su pueblo, por Su presencia santificadora para convertirlo en nación santa, en un reino de sacerdotes que mostrarán Su virtud a un mundo perdido y moribundo. El mundo necesita Sus virtudes, y no nuestra teología.

Habéis estado demasiado tiempo en este monte

Habiendo servido a su propósito, el Señor dijo a Israel, “Habéis estado demasiado tiempo en este monte: volved hacia el norte” (Deuteronomio 2:3). Dios dijo a Israel que habían acampado alrededor del Monte Sinaí demasiado tiempo y que era el momento de avanzar. De este modo la nube de la presencia de Dios se movió de Sinaí hacia el norte, hacia Cades-Barnea. Al mantenerse a distancia de Dios y no conocer Sus caminos, lo que hubiera sido un viaje de solo once días se convertiría en un viaje de cuarenta años. Dios determinó Su destino, dirección y paso, no más rápido que el cordero más lento. La única tarea de Israel era seguir a la nube. Esto resultó ser la última prueba para ellos, como lo es para nosotros.

Tristemente, no todos los que fueron bautizados en el Mar Rojo fueron bautizados en el Jordán. Dios dijo, “Juro en mi ira que no entrarán en mi reposo”. Así que después de que toda una generación incrédula muriera en el desierto, una nueva generación recibía la palabra de entrar en la tierra. Fueron dirigidos por Josué, que había subido al monte con Moisés. Ahí, en Gilgal, en los lejanos bancos del Jordán, el Señor quitó de ellos el reproche de Egipto (Josué 5:9).

Al entrar Israel en la tierra, atravesaron un paso estrecho por la sierra, abriendo un camino desde el Jordán hasta el mar Mediterráneo. Pasaron entre el monte Ebal (el monte de la maldición) y el Monte Gerizim (el monte de la bendición), donde más tarde Josué leería el libro de la ley de Moisés. Se puede aprender una gran lección comparando estos dos montes, que sentimos que fue precisamente la intención de Dios desde el momento en que Él los formó.

Gerizim y Ebal

“Y cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra a la cual vas para tomarla, pondrás la bendición sobre el monte Gerizim, y la maldición sobre el monte Ebal.” (Deuteronomio 11:29).

Moisés y los ancianos de Israel ordenaron al pueblo diciendo, “Ordenó Moisés, con los ancianos de Israel, al pueblo, diciendo: Guardaréis todos los mandamientos que yo os prescribo hoy. Y el día que pases el Jordán a la tierra que Jehová tu Dios te da, levantarás piedras grandes, y las revocarás con cal; y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, cuando hayas pasado para entrar en la tierra que Jehová tu Dios te da, tierra que fluye leche y miel, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho. Cuando, pues, hayas pasado el Jordán, levantarás estas piedras que yo os mando hoy, en el monte Ebal, y las revocarás con cal; y edificarás allí un altar a Jehová tu Dios, altar de piedras; no alzarás sobre ellas instrumento de hierro. De piedras enteras edificarás el altar de Jehová tu Dios, y ofrecerás sobre él holocausto a Jehová tu Dios; y sacrificarás

ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios. Y escribirás muy claramente en las piedras todas las palabras de esta ley.” (Deuteronomio 27:1-8).

Ebal—La maldición de la Ley

Después de conquistar la región central de Palestina, Josué dirigió al pueblo de vuelta a Ebal. Allí levantó un altar de piedras no cortadas y escribió una copia de la ley sobre las piedras tal y como el Señor le había ordenado. Luego puso a la mitad de las tribus sobre las laderas de Gerizim y a la otra mitad en las laderas de Ebal. El arca con los sacerdotes y los levitas fueron colocados en el centro de un estrecho valle formado por estas dos montañas. Luego se leyeron las bendiciones y las maldiciones de la ley (Josué 8:30) y el pueblo respondió de manera drástica (Deuteronomio 27:11). Los que estaban en Ebal respondieron a las maldiciones, los que estaban en Gerizim, a las bendiciones. Las maldiciones fueron muchas. Las bendiciones pocas.

El monte Ebal se asoma desde el mismo corazón de la tierra, más alto y más estéril que el adyacente Gerizim. Esto recordó a la gente que lo vio del pacto-ley de Dios con Israel. Fue sobre Ebal que Dios ordenó a Israel que construyera el altar y el sacrificio sobre el mismo. Fue sobre ese altar que Él les ordenó que grabaran la ley. La ley fue escrita sobre el monte de la maldición, no sobre el monte de la bendición, porque la ley no puede traer vida. ¡La ley no puede salvar! (Discutiremos esto en mayor profundidad en la segunda parte de este libro).

Por causa del contorno de las colinas, esta área tiene un efecto de anfiteatro natural que permitió que toda la nación escuchara la lectura de la ley. Ebal habló alto y claro y sirvió como un constante recordatorio de pecado y de condenación por causa de la incapacidad de Israel en guardar la ley.

Cientos de años más tarde y después del ministerio terrenal de Cristo, el apóstol Pablo escribió de la maldición de la ley.

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero, para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.” (Gálatas 3:10-14)

La bendición nunca podía venir por la ley. En sus notas en Deuteronomio 27:4, Wesley escribió:

Monte Ebal: El monte de la bendición. Aquí se escribe la ley, queriendo decir que había una maldición para los que la violaran, y que ningún hombre podía esperar justificación por las obras de la ley, por la sentencia por la que todos los hombres son justamente acusados, siendo todos culpables de la trasgresión de la misma de una manera o en un grado u otro. Aquí tienen que ofrecerse los sacrificios, para mostrar que no hay forma de ser librados de esta maldición, sino por la sangre de Cristo, que

todos estos sacrificios tipificaban, y siendo hecho Cristo maldición por nosotros.

Cada vez que los israelitas miraban al Monte Ebal, recordaban la maldición, pero al mirar al Monte Gerizim, que representa el Espíritu, y ver sus fértiles laderas, recibían esperanza para el futuro.

El Apóstol Juan hizo esta importante distinción, diferenciando entre la ley y la verdad.

“Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad (verdad o realidad), vinieron por Jesucristo (Juan 1:17).

Juan pone a la ley a un lado, y la gracia, la verdad y la bendición, en el otro. ¿Está la ley en contra de la gracia y la verdad? No. Simplemente no puede impartir la gracia necesitada (vida) para guardar sus demandas.

La ley no es verdad en el sentido con que Juan utiliza la palabra *verdad*. De acuerdo con el autor de Hebreos, la ley tenía solo “una sombra de las cosas buenas aún por llegar, y no la imagen misma de las cosas (Hebreos 10:1). Se necesitan dos cosas para tener una sombra—un objeto (sustancia) y una fuente separada de luz. La ley era sombra, no sustancia. La sustancia se halla solo en Aquel que está lleno de gracia y de verdad, “el Unigénito del Padre” (lee Juan 1:14). La Verdad (realidad) viene por medio de este Gran Sumo Sacerdote en quien “la plenitud de la Deidad mora corporalmente” (Colosenses 2:9).

Como la ley grabada en el altar, el monte Ebal era una sombra de las cosas buenas que vendrían y esas cosas buenas estaban sustancialmente representadas en tipo glorioso por el monte de la bendición, el monte Gerizim.

Gerizim –La Bendición

Tenemos que tener en cuenta que los que estaban al pie del monte Gerizim eran todos hijos de Lea y Raquel. Esto muestra que las bendiciones de Dios pertenecen solo a los que reciben el Espíritu de adopción y libertad, los hijos de la libre.

John Wesley entendió esto cuando escribió,

La bendición contraria fue pronunciada después. “Bienaventurado el que hace esto o esto otro”. A lo que todos los que estaban al pie y en la ladera del monte Gerizim dijeron, ¡Amén!... Todos estos eran hijos de la libre, Lea y Raquel, para mostrar la dignidad de las bendiciones por encima de las maldiciones, y que las bendiciones pertenecen solo a los que son evangélicamente tales, como se expone esto y se explica en Gálatas 4, es decir, a los que reciben el Espíritu de adopción y libertad.

Hoy, los pies del monte Ebal están cubiertos de jardines y huertos, alimentados por los torrentes de fuentes importantes existentes bajo el Monte Gerizim, llevando fertilidad y hermosura por toda la tierra que queda debajo. Gerizim es una parábola de la vida. La Ley, con sus imposibles exigencias, estaba ahí, en Ebal, pero Gerizim apunta a la Fuente de la vida y la bendición.

Es muy interesante que este mismo lugar, Siquem, entre el monte Gerizim y el monte Ebal, la futura capital del Israel de Jeroboam, sea también Sicar, el lugar del pozo de

Jacob. Fue en este pozo, bajo la sombra del monte Gerizim, que Jesús tuvo el encuentro con la mujer samaritana y declaró que los verdaderos adoradores de Dios deben adorar en Espíritu y en verdad.

Jesús pidió un vaso de agua a esta mujer. Ella ni siquiera esperaba que le dirigiera la palabra, y aún mucho menos que le pidiera un vaso de agua. Jesús le dijo, “Si conocieras el don de Dios y quién es quién te dice, “Dame de beber”, tú le habrías pedido y Él te habría dado agua viva”.

La mujer contestó: “Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es profundo. ¿De donde tienes agua viva? ¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre, Jacob, que nos dio el pozo, y bebió de él mismo y sus hijos, y su ganado?”

Jesús le contestó, “Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él un pozo de agua que brota para vida eterna.”

“Señor”, dijo la mujer, “¡Dame esa agua!

Hoy día se habla mucho de “la bendición” en toda la cristiandad. Pero, ¿Qué es la bendición? ¿Es un despertar espiritual? ¿Es una experiencia que te tumba en el suelo? David el salmista definió así la bendición: “Como el rocío de Hermón, Que descende sobre los montes de Sión; Porque allí envía Jehová bendición, Y vida eterna.” (Salmos 133:3). Aquí vemos que la bendición es vida eterna y es en Sión (del que hablaremos en breve) donde Dios envía la bendición.

¡La bendición es vida eterna! Jesús nos da la definición de vida eterna en Su oración sacerdotal de Juan 17: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quién Tú has enviado” (Juan 17:3).

La vida eterna no es solo existencia eterna, porque los que van al eterno castigo existen por siempre (lee Mateo 25:46). La vida eterna no es un don dado aparte de Dios. La vida eterna es la unión con el único Dios verdadero y con Su Hijo Jesucristo. Como la salvación, la vida eterna no es algo separado de Dios, un “algo”, sino Dios mismo. La vida eterna es una unión permanente con Dios. ¡El vive y es eterno!

Recuerda el propósito de guiar de Dios que Él compartió con Israel en Sinaí, “Os traje a *Mí mismo*”. Lo único que Él ha hecho y que hace ahora es llevarnos hacia Sí y hacernos un pueblo que compartiría de Su naturaleza divina y mostraría sus virtudes. Él ha llamado a todos los creyentes a ser participantes de su naturaleza divina por medio de la unión con Él y con Su Hijo. Esta es la vida eterna. “El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” ¡Esta es la bendición!

Esta es la bendición de Abraham: que por medio de Jesucristo “podamos recibir la promesa del Espíritu por medio de la fe” (Gálatas 3:14). Que de nuestro interior fluirían ríos de agua viva que producirían un fruto que sobrepasaría a todas las aguas que pudieran fluir de Gerizim o del pozo de Jacob. Es por Su Espíritu que Dios mora en nosotros y es por medio de esa unión que el agua viva (un tipo del Espíritu) fluye de nuestro más profundo ser y lleva vida a los lugares baldíos—algo que Gerizim, como tipo físico, solo prefiguró. El monte de la Bendición no era la bendición, ni lo eran tampoco los ríos que fluían desde debajo. Tampoco el pozo de Jacob, que era alimentado por el agua del cielo. Todas estas cosas apuntaban meramente al camino hacia ese río, las corrientes que alegran la ciudad de Dios (Salmos 46:4), que fluyen del mismo trono de Dios.

Inmediatamente después de Su discurso con la mujer en el pozo, Jesús dijo a Sus discípulos: “Alzad los ojos a los campos, porque están listos para la cosecha”. Cuando miraron, casi seguro que miraron al centro del valle, exactamente en el sitio donde el arca con los sacerdotes y levitas había sido puesto antes, en el momento de pronunciarse las maldiciones y bendiciones. ¿Se refería Jesús a cosechas de almas, como muchos evangelistas nos dicen hoy, o representaban estos campos blancos algo mucho mayor, del mismo modo que la salvación de solo un alma es tan solo una pieza de un cuadro mayor? Esto es una referencia a los propósitos finales de Dios que Él claramente declaró mucho antes en Sinaí, “Os traje a Mí mismo... Me seréis un reino de sacerdotes, una nación santa”.

El cristianismo hoy ha convertido a la salvación del individuo en algo mayor que los mismos propósitos eternos de Dios. Consecuentemente “nuestra herencia en Cristo” casi ha eclipsado a la herencia de Dios en los santos. Esto lo refleja la actitud que convierte a Dios en siervo de los deseos del hombre, conformando a Dios a la imagen del hombre, con poco o ningún respeto hacia su plan de los tiempos de llevarnos hacia Su imagen. No. Estos discípulos estaban mirando campos regados con pozos que se alimentaban de los torrentes de Gerizim. Estos torrentes habían producido una cosecha temprana, ya estaban listos para la siega. Todo aquello a lo que Gerizim había apuntado de antemano había llegado a su fruto. Esa agua que brotaba del interior estaba a punto de llegar y producir un gran fruto en la tierra. ¿Qué pasaría por las mentes de los discípulos al mirar esos campos blancos? ¿Era ése el propósito para el que Dios los había convertido en nación? ¿Había llegado para ellos el tiempo del *grano lleno en la espiga*? Los campos que un día estuvieron pisoteados por los pies de cansados israelitas, dirigidos por la nube del Espíritu de Dios estaban ahora completamente maduros. Había llegado un tiempo de gran transición y consumación.

Jesús siguió diciendo,

¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores. (Juan 4:35-38).

Esto es un recordatorio de los tratos de Dios con sus ancestros, a los que Él dijo: Y os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis, en las cuales moráis; y de las viñas y olivares que no plantasteis, coméis.” (Josué 24:13). Uno sembró para que otro cosechara. Uno edifica para otro. Hemos sido enviados a cosechar donde no hemos trabajado, para comer de las viñas y de los olivares que no plantamos, alimentados y nutridos por ese arroyo que brota para vida eterna. Como Isaac, no trabajamos para nuestra herencia, sino que nacemos herederos de todas las cosas. En ese sentido, cosechamos aquello por lo que no hemos trabajado.

Dios envió a estos discípulos de Jesús a cosechar donde no habían plantado. Todo lo había hecho Dios—¡todo por gracia! Jesús los envió a cosechar las fieles labores de los profetas que Dios había enviado antes. La bendición produce fruto. El agua que brota desde dentro, lleva a los propósitos de Dios a la madurez. Aquellos a quienes Dios envía a Sus campos responden al llamado de cosechar donde no plantaron. Este es un cuadro perfecto de la gracia. No somos llamados a ser constructores o sembradores, sino cosechadores, enviados a recoger una cosecha plantada por Dios y regada y llevada a la madurez por Su Espíritu. Es muy apropiado que Jesús aclarara esto bajo la sombra de Gerizim.

De vuelta al campamento de Israel, la Nube de la presencia de Dios se levantaba y comenzaba a moverse hacia el norte, donde llegamos a otro conjunto monumental, haciendo otra comparación divina. Lentamente pero con certeza Dios nos acerca al corazón de Sión. ¿Puedes apreciar el entusiasmo?

Gabaón y Sión

“Y el tabernáculo de Jehová que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón” (1ª Crónicas 21:29).

Solo el tabernáculo y el altar de la ofrenda descansaban en Gabaón, no el arca. ¿Qué pasó que el arca ya no estaba más en el Lugar Santísimo? En este punto sería bueno hacer una breve historia de cómo el Arca del Pacto y el Tabernáculo de Reunión (el tabernáculo que luego reposaría en Gabaón) se separaron permanentemente y como este aparente desastre sirvió para avanzar el plan eterno de Dios.

En un principio, tanto el Arca como el Tabernáculo se desplazaban de lugar en lugar en la Tierra Prometida durante el tiempo de los jueces. El tabernáculo albergaba el arca cuando estaba parado. Uno de los antiguos jueces llamado Elí era también el principal sacerdote, y sus dos hijos, Ofni y Finees, eran sacerdotes delante del Señor cuando el tabernáculo se hallaba en Silo.

Un día una mujer vino llorando y lamentando en oración en la puerta de la tienda y Elí la regañó pensando que estaba ebria. Ana contestó que no estaba ebria sino que lloraba por su esterilidad. Elí le aseguró que Dios había oído su oración. Pronto concibió y dio a luz a un hijo al que puso por nombre Samuel. Cuando el hijo fue destetado, conforme a la promesa que ella había hecho, lo llevó al tabernáculo para ministrar delante del Señor como nazareo y profeta. Aunque Samuel no era de la familia de los Levitas sino de Efraín, ministró ahí en Silo, delante del Señor y Dios comenzó a hablarle desde muy temprana edad.

Dios estaba a punto de sustituir a Elí como juez sobre Israel porque sus hijos eran corruptos. Los filisteos vinieron a invadir Israel y el ejército de Israel salió a interceptarlos al paso. La batalla no iba muy bien, así que alguien tuvo la brillante idea de tomar el arca de Dios de Silo, creyendo que Dios pelearía la batalla de ellos por causa de la presencia del Arca. ¡Craso error! Ofni y Finees llevaron el arca al campo de batalla, pero cuando los filisteos oyeron esto, se afirmaron aún más fuertemente. Vencieron a Israel, mataron a los dos hijos de Elí y tomaron el arca como un trofeo de guerra.

En este punto un mensajero trajo las noticias a Elí de que sus dos hijos habían muerto y que el arca había sido robada. Elí era viejo y obeso y cuando escuchó que el arca estaba en manos de los enemigos, cayó hacia atrás en su silla, se desnucó y murió. Cuando la esposa embarazada de Finees oyó de la muerte de su marido y de la pérdida del arca, se puso de parto y dio a luz a un hijo. Le puso por nombre Icabod, que significa "Traspasada es la gloria de Israel porque ha sido tomada el arca de Dios." (1ª Samuel 4:21-22).

Samuel y los que permanecían en Silo tomaron el tabernáculo y todo su mobiliario y se dirigieron al sur para evitar la invasión de los filisteos. El tabernáculo de reunión finalmente se estableció en una colina llamada Gabaón, pero sin el Arca del Pacto. Los sacerdotes que sucedieron a Elí y a sus hijos continuaron ministrando ante el tabernáculo vacío durante muchos años, aunque la gloria de la presencia de Dios no estaba allí.

En una ocasión un reportero preguntó a Billy Graham qué era lo que él más temía. Dijo que era edificar una organización evangelística tan bien lubricada que pudiera seguir haciendo su propia cosa incluso después de que Dios se hubiera marchado, sin ni siquiera notar la diferencia. Es el caso de la religión vacía. Ciertamente son circunstancias muy tristes, pero demasiado comunes hoy día. Es terrible que al dar nombre a sus organizaciones no sean tan honestos como la mujer de Finees.

Entre tanto, los filisteos llevaron el arca a Asdod, una de sus cinco ciudades principales, colocándolo en el templo de su dios Dagón, un ídolo con cabeza y manos de hombre y cola de pez. Volvieron al día siguiente para descubrir que Dagón se había caído de su pedestal, tumbado ante el arca del Señor. Volvieron a colocarlo en su lugar pensando que se trataba de algo fortuito. Al día siguiente lo encontraron tirado delante del umbral del arca, con la cabeza y las manos cortadas. ¡Quedó K.O. al segundo asalto y Dios fue el ganador!

El arca era demasiado peligrosa de tratar para el rey de Asdod y los sacerdotes de Dagón por lo que decidieron enviarla a otra ciudad filistea donde la gente cayó enferma con una plaga de tumores (hemorroides en Hebreo original) y la ciudad fue invadida por ratones. Así el arca fue enviada a la ciudad siguiente, y luego a la siguiente, cada una sufriendo las mismas aflicciones hasta que después de muchos meses tuvieron la brillante idea de devolverla a Israel. Sus sacerdotes y videntes les dijeron que pusieran cinco "tumores" de oro y cinco ratones de oro en una caja, una por cada señor de los filisteos. Pusieron el arca en un carro de bueyes con la caja de las ofrendas y luego engancharon dos vacas lecheras que tenían crías. Ataron los becerros a un poste para ver si las vacas madres ignoraban sus bramidos y llevaban el arca a Israel. Si lo hacían, los filisteos sabrían que sus infortunios habían venido por causa del arca y que habían acabado con la plaga devolviendo el arca a su hogar.

La gente de Bet-Semés, en el sur de Israel, estaba segando en el campo cuando oyeron el bramido de las vacas que arrastraban el carro con el arca. Salieron corriendo con gran gozo. El arca se encalló en una piedra. Los levitas locales la tomaron del carro, colocaron la caja con los tumores y los ratones de oro, rompieron el carro para hacerlo leña, y mataron las dos vacas como sacrificio para el Señor. Así es como sigue la historia:

“Entonces Dios hizo morir a los hombres de Bet-emes, porque habían mirado dentro del arca de Jehová; hizo morir del pueblo a cincuenta mil setenta hombres. Y lloró el pueblo, porque Jehová lo había herido con tan gran mortandad. Y dijeron los de Bet-emes: ¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo? ¿A quién subirá desde nosotros? Y enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han devuelto el arca de Jehová; descended, pues, y llevadla a vosotros. Vinieron los de Quiriat-jearim y llevaron el arca de Jehová, y la pusieron en casa de Abinadab, situada en el collado; y santificaron a Eleazar su hijo para que guardase el arca de Jehová. Desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová.” (1ª Samuel 6:19-7:2)

Este mismo Quiriat-Jearim es también llamado Baala de Judá en 2ª Samuel. Ahí permaneció el Arca durante el reinado del rey Saúl (un tipo de la carne), que nunca la buscó (lee 1ª Crónicas 13:3). Se siguieron ofreciendo sacrificios sobre el altar en Gabaón. Se seguían haciendo los lavamientos de la fuente. El candelabro de los siete brazos se seguía encendiendo y alimentando, y salía humo del altar del incienso, pero detrás del velo del Lugar Santísimo todo era oscuridad. La gloria había sido traspasada. No había receptáculo para el rociamiento de la sangre del cordero, esto es, del propiciatorio. No había luz detrás del velo porque Aquel que es la Luz se había marchado. En breve, el sistema seguiría funcionando pero el Señor de la gloria se había marchado con el arca.

El arca estuvo fuera durante todo el reinado de Saúl y nadie la buscó. ¡Nadie la echó de menos! ¿Por qué? El arca de la presencia de Dios es despreciada y desatendida donde y cuando reina la carne del hombre. La religión funciona muy bien sin Dios. No se requiere Su presencia para que funcione. Israel nunca fue más religiosa que en aquellos tiempos en los que estuvieron en desobediencia absoluta a Dios o en los que Le olvidaron por completo. Sin tener en cuenta su condición, siguieron quemando incienso mucho después de que la presencia de Dios se hubiera ido.

Eugene Peterson, traductor de la Biblia del Mensaje, captura el verdadero significado de Isaías 1:13-14. “Cesad de vuestras farsas de adoración. No puedo soportar vuestros triviales juegos religiosos: conferencias mensuales, sabbats semanales, reuniones especiales--reuniones, reuniones, reuniones— ¡No pudo soportar ni uno más! Reuniones para esto, reuniones para esto otro. ¡Las odio! ¡Me habéis agotado! ¡Estoy harto de vuestra religión, religión, religión, mientras seguís pecando!”

La cuestión es que los hombres siguen quemando incienso, dando ofrendas y siguen adorando mucho después de que la gloria haya partido. Jeremías descubrió que en medio del jaleo religioso y de la excavación religiosa de cisternas, ni siquiera los sacerdotes se plantearon la pregunta, “¿Dónde está el Señor?” (lee Jeremías 2:8). El hecho de que la gente está unida en actividad religiosa no es un indicativo de que Dios esté presente entre ellos. Si acaso, es una señal de apostasía. Como Isaías profetizó, es bastante positivo que un pueblo se acerque a Dios de boca y Le honre con sus labios mientras los corazones están muy lejos de Él. Su adoración consiste solo en reglas enseñadas por los hombres (lee Isaías 29:13-14).

El Monte Sión y el Tabernáculo abierto de David

Después de que Saúl muriera en la batalla, David, un hombre conforme al corazón de Dios y conocedor de los caminos de Dios, tomó el trono de Israel. El poderoso Saúl no había podido tomar la fortaleza de los Jebuseos, que era el reducto más difícil que quedaba en la tierra. Esta tarea cayó sobre él, que había dicho a Goliat, "Vienes a mí con espada, con lanza y jabalina. Pero yo vengo en nombre de Jehová de los Ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel a quién tú has desafiado" (1ª Samuel 17:45).

Saúl superaba en altura con su cabeza y sus hombros al resto de Israel y Goliat era un enorme gigante. Pero Dios no se agrada de la fuerza natural o del poder de un hombre. En lugar de eso escoge al débil y al necio para confundir al poderoso y al sabio de este mundo. Saúl y todo Israel temblaron con todas sus armas delante de este gigante durante muchos días. ¡Y sin embargo, cayó ante un humilde pastorcito que había pasado sus días delante del Señor, atendiendo las ovejas de su padre! David no tenía otra arma que su honda, cinco piedras lisas y el Espíritu del Dios viviente.

Tan cierto como que Goliat cayó, así también cayó la fortaleza de Sión (2ª Samuel 5:7), que vino a ser llamada "la ciudad de David". David hizo del Monte Sión la capital de Israel, no porque le gustara esta ciudad sino porque Dios escogió poner Su nombre ahí como el lugar de Su reposo (lee Salmos 132:13-16). Los Davides contemporáneos también buscan esa Jerusalén celestial en la que reina el Príncipe de Salem (Paz). Estos son también según el orden de Melquisedec, y a diferencia de Saúl, no se conforman con reinos terrenales.

Varios años después de que comenzaran su viaje, David finalmente llevó a los hijos de Israel al Monte Sión, que es la meta final de cada creyente. Los sucesos de Sión ilustran en sorprendente detalle la realidad gloriosa de la Jerusalén Celestial, la madre de todos nosotros en quienes la Simiente de David ha sido ahora entronizada.

A diferencia de Saúl, David anhelaba el arca de la presencia de Dios. Fue el rey pastor, un hombre conforme al corazón de Dios, un tipo glorioso de nuestro Señor Jesucristo. Tuvo hambre de la presencia del Señor por encima de todo y quiso llevar el arca a un lugar central en el monte Sión. David tuvo un corazón para hacer rey a Dios. El "Gran Rey" que David promociona no fue Él mismo, sino Dios. David tuvo corazón para rectificar el error que el pueblo de Israel hizo cuando rechazaron a Dios y escogieron a Saúl (lee 1ª Samuel 8:4-22).

El arca reposó en Baala de Judá hasta que David la halló. "Se levantó David y partió de Baala de Judá con todo el pueblo que tenía consigo, para hacer pasar de allí el arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que mora entre los querubines."(2ª Samuel 6:2).

El problema es que David y el pueblo pretendieron mover el arca del mismo modo que lo habían hecho los filisteos. Construyeron un carro nuevo, quizás pensado que ya habían ido la milla extra y que habían perfeccionado lo que habían hecho sus enemigos. Casi puedes verlos pensando, "Si Dios bendijo a los filisteos y paró las plagas cuando devolvieron el arca a Israel en un viejo carro, con toda certeza bendecirá nuestros esfuerzos para traerlo a Sión en un carro nuevo". ¡Error! La narración sigue así:

“Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado; y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Y cuando lo llevaban de la casa de Abinadab, que estaba en el collado, con el arca de Dios, Ahío iba delante del arca. Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos. Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios. Y se entristeció David por haber herido Jehová a Uza, y fue llamado aquel lugar Pérez-uza, hasta hoy. Y temiendo David a Jehová aquel día, dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová? De modo que David no quiso traer para sí el arca de Jehová a la ciudad de David; y la hizo llevar David a casa de Obed-edom geteo. Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa.” (2ª Samuel 6:3-11).

El problema de los carros es que los bueyes invariablemente tropiezan y los hombres invariablemente sienten la necesidad de resultados firmes procedentes de las obras de sus propias manos. Dios no está impresionado con nuestros mejores esfuerzos de traer Su presencia a nuestras congregaciones. Todos nuestros pulidos sermones y actuaciones de adoración, nuestros tapices colgados y edificios muy decorados son solo carne para Él. Él quiere que busquemos Su rostro y que Le preguntemos qué quiere hacer y cuando.

Los santos de la joven iglesia de Antioquia ayunaron y ministraron al Señor durante muchos días antes de que el Espíritu hablara y enviara a Pablo y Bernabé a llevar el evangelio con poder al mundo gentil. Esto tuvo lugar más de veinte años después de que Pablo tuviera su encuentro con el Dios viviente, en el camino de Damasco. En cuanto tenemos un encuentro con Dios, queremos correr enseguida y comenzar un “ministerio” con toda nuestra carne aún intacta, pero Pablo sabía que el poder de la resurrección de Dios no viene sin la participación de Sus padecimientos, siendo hechos semejantes a Él en Su muerte. La advertencia vino junto con la comisión, “...el Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre”. (Hechos 9:15-16). Cuanto mayor es el llamado, mayor el sufrimiento necesario para purgar de nosotros esta mentalidad de carro nuevo.

Finalmente David pidió la ayuda de los sacerdotes del Señor.

Hizo David también casas para sí en la ciudad de David, y arregló un lugar para el arca de Dios, y le levantó una tienda. Entonces dijo David: El arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el arca de Jehová, y le sirvan perpetuamente. Y congregó David a todo Israel en Jerusalén, para que pasasen el arca de Jehová a su lugar, el cual le había él preparado. Reunió también David a los hijos de Aarón y a los levitas...”

“Y llamó David a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y a los levitas Uriel, Asaías, Joel, Semaías, Eliel y Aminadab, y les dijo: Vosotros que sois los principales padres de las familias de los levitas, santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y pasad el arca de Jehová Dios de Israel al lugar que le he preparado; pues por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová nuestro Dios nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza. Así los sacerdotes y los levitas se santificaron para traer el arca de Jehová Dios de Israel. Y los hijos de los levitas trajeron el arca de Dios puesta sobre sus hombros en las barras, como lo había mandado Moisés, conforme a la palabra de Jehová.” (1ª Crónicas 15:1-4,11-15).

Finalmente el arca de la presencia de Dios atravesó las puertas de Sión. El sonido del cántico y del gozo llenaba el aire. “Tal es la generación de los que le buscan, de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob. *Selah* Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, El es el Rey de la gloria.” (Salmos 24:6-10).

¡Puedes escucharlo! ¿Puedes escuchar el clamor del corazón del rey-pastor que, como los veinticuatro ancianos de Apocalipsis capítulo cuatro, deseaban ardientemente arrojar su corona a los pies del Gran Rey? Entre el pueblo de Dios, las coronas son fantásticos discos voladores, hechos para arrojarlos a los pies del Rey de Gloria, no para exaltar a la persona que los ha recibido.

La vida de David, sus palabras y cánticos expresaban esta pasión todo el tiempo. “Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey.” (Salmos 48:2). Cuando David trajo el arca con cánticos y danza, sabía que estaba llevando al verdadero Rey de Sión por esas puertas. Embargado de gozo, no podía quedarse quieto; saltó delante del arca con todas sus fuerzas. David sabía que el propósito original de Dios no era un rey terrenal, así que se despojó de sus hábitos reales y de su corona para danzar con un efod de lino, el atuendo de un humilde sacerdote, antes el gran Rey de Sión.

En esta ilustración David muestra perfectamente el sacerdocio que Dios busca tan ardientemente. En David vemos el corazón de nuestro gran Sumo Sacerdote, Cristo, que ahora espera el día cuando Él devuelva todo el poder y la autoridad a Su Padre (1ª Corintios 15:28). David se había propuesto corregir el mal hecho cuando Israel pidió un rey (Saúl), y al hacerlo, rechazaba a Dios como rey suyo.

David trajo el arca a Sión y la colocó en una tienda abierta, llamada desde entonces el “Tabernáculo de David” (2ª Samuel 6, 1ª Crónicas 13-16). Este obrar de David aparentemente estaba en contra de las leyes que gobernaban el uso correcto y la colocación del Arca. Por ley, el Arca debía haber sido llevada a Gabaón, y colocada en el Lugar Santísimo en el Tabernáculo del Testimonio, un lugar accesible solo una vez al año y por el Sumo Sacerdote después de un lavamiento concienzudo y del derramamiento de la sangre. Sin embargo, Dios escogió no volver al sistema de Icabod que descansaba en la cima de Gabaón. En lugar de eso, David llevó el Arca a Sión, donde esta accesible a todos todos los días. Aunque parezca arbitrario, no se trató de un acto fortuito. David dejó muy claro que él no había escogido Sión, sino que “Jehová ha elegido a Sión; La quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; Aquí habitaré, porque la he querido. Bendeciré abundantemente su provisión; A sus pobres saciaré de pan. Asimismo vestiré de salvación a sus sacerdotes. Y sus santos darán voces de júbilo.” (Salmos 132:13-16).

Los sacerdotes en Gabaón debían estar preguntándose, “¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no han devuelto el arca a su lugar apropiado de reposo?” Y lo más inquietante, “¿Por qué han instituido un nuevo sacerdocio para ministrar delante del Arca en lugar del sacerdocio ortodoxo tradicional? ¡Nunca hemos hecho nada así!” Ciertamente, Dios había escogido una nueva morada y un sacerdocio más perfecto para ministrar delante del Arca día y noche—algo que David podía haber mostrado cuando danzó delante del arca con un efod de lino.

Se necesitó un rey/sacerdote para introducir un sacerdocio real, cuyo cumplimiento pleno es conocido en Cristo nuestro Rey y Sacerdote. Los que fueron nombrados sacerdotes para ministrar delante del Arca en Sión continuaron en el mismo espíritu festivo de cántico, tocando instrumentos delante del Señor. Esto continuó así durante cuarenta años. El contraste entre los eventos en Gabaón y en Sión durante este tiempo es un ejemplo para el pueblo de Dios hoy.

¿Qué sucedió el gran Día de la Expiación cuando el sumo sacerdote entró en el Tabernáculo de Moisés en Gabaón y atravesó el velo para rociar la sangre del sacrificio sobre el propiciatorio? ¿Tenía Dios una prioridad mayor que ésta? La obra redentora tipificada por el cordero inmolado y el rociamiento de la sangre tenía que cumplir la meta única de reconciliar al hombre con Dios. El tabernáculo de David es un vistazo profético de 40 años que confirma el deseo de Dios de habitar entre Su pueblo en una relación cara a cara. En David vemos al Rey-Sacerdote, un tipo de Jesús cuya mediación hace posible la restauración de todas las cosas tal y como fueron predichas por los profetas.

Sión representa el cumplimiento del gran deseo de Dios de morar entre Su pueblo. Al venir a Sión, la morada de Dios, también llegamos a la asamblea general e iglesia de los primogénitos. Solo cuando vivimos en todo lo bueno de lo que representa Sión, podemos estar unidos como nación santa y reino de sacerdotes que declara Sus virtudes. Solo los que habitan en Su morada pueden traer la realidad de Él a los demás. Solo aquellos cuyos rostros brillan, resplandecientes con Su presencia, pueden verdaderamente ser modelos de Él delante de un mundo perdido y moribundo. Solo los que ascienden al Monte de Dios tienen algún liderazgo que ofrecer al pueblo de Dios.

A diferencia del Tabernáculo de Moisés en Gabaón, el Tabernáculo de David era una tienda abierta. Todos, judíos y gentiles por igual, podían estar delante del Arca. El Tabernáculo de David es una visión previa de la iglesia de Cristo, en la que Judíos y gentiles se convierten en un nuevo hombre. Antes de este tiempo los gentiles no tenían lugar en la mancomunidad de Dios. Jacobo reconoció esto cuando citó la profecía de Amós, “Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar. (Hechos 15:16). El contexto de esta profecía es el siguiente:

“En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto” (Amós 9:11,12).

Jacobo habló esto en referencia a la Iglesia de Antioquia, una iglesia gentil que estaba experimentando la realidad de Dios sin los símbolos del Judaísmo. Ahora Dios no sólo había atraído a Israel hacia Sí como nación santa, sino que como había prometido a Abraham, había incluido también a los gentiles. Su sacerdocio estaba creciendo exponencialmente.

A diferencia del tabernáculo de Moisés que permanecía en Gabaón, el tabernáculo de David solo disponía de una pieza de mobiliario, el arca. En el tabernáculo de Moisés había tres partes: el atrio exterior, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo (donde se suponía que tenía que estar el arca). El Tabernáculo de David solo tenía el Lugar Santísimo, que estaba abierto no solo a un sacerdocio selecto, sino a todos. En el Tabernáculo de Moisés, al Lugar Santísimo sólo tenía acceso el Sumo Sacerdote, y sólo una vez al año. Ahora, sin horario ni condición, el Judío y el gentil por igual, entraban y salían libremente del Tabernáculo de David para adorar delante del Señor. Esto era una anticipación maravillosa de nuestro acceso más allá del velo rasgado, por el que accedemos confiadamente al trono de Dios y adoramos en Su presencia. En la tienda de David no había velo que cerrara el paso a la presencia de Dios. En todo esto podemos ver el corazón de nuestro Dios. Él quiere que todos vengan a Su presencia y ha abierto el camino por medio de la sangre derramada del Cordero sin mancha.

La mayoría de los Salmos eran canciones proféticas cantadas delante del Señor en el Tabernáculo de David, cubriendo el espectro completo de la emoción humana, desde la desesperación profunda hasta el gran gozo. Israel estaba recibiendo una primera visión de un Dios que era tocado con los sentimientos de las debilidades de ellos, y sobre quien ellos podían echar todas sus cargas.

En un mundo caído en el que los hombres están llenos de segundas intenciones es difícil imaginar que un Padre pudiera simplemente desear estar con Sus hijos sin ningún otro motivo en mente. Dios va tras la simpleza de una comunión que una vez tuvo con un hombre y una mujer que no conocieron el pecado, en un hermoso huerto, hace muchos, muchos años. Sin pretensión, sin astucia, sin sutilezas, sin escondites tras hojas de higuera religiosas, velos, ni ceremonias pretenciosas. Simplemente estar juntos como amigos en un vínculo de amor que desafía a nuestras imaginaciones eclesiales.

En Apocalipsis 21:3-4 leemos sobre el clímax final del gran anhelo de Dios de atraer a un pueblo hacia Sí. Aquí es donde vemos los campos blancos—el pensamiento pleno de Dios para Su pueblo llegando a su culminación. “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

Todas las penas y tristezas de la vida han terminado en esto—finalmente el tabernáculo, tienda o morada de Dios es con los hombres. Él mora con ellos y está dispuesto a quitar toda lágrima y a abolir la muerte, la tristeza y el dolor para siempre. El gran objetivo de Dios en la redención es restaurar Su presencia y semejanza en la humanidad, caminar con ellos como caminó con Adán hace mucho, al fresco del día. Esta montañita en Jerusalén es una réplica terrenal del Monte Sión celestial (Apocalipsis 14:4). El Sión físico fue el lugar de la morada de Dios. Nosotros vivimos en Sión donde tenemos nuestra morada con Él. El Salmista entendió algo de este misterio cuando escribió: “Señor, Tú nos has sido refugio de generación en generación” (Salmos 90:1). ¡Él es nuestra morada! ¡Él es Sión! ¡Él es nuestro Templo!

Cuando Juan vio la Jerusalén celestial que bajaba como una novia preparada para su marido, no pudo evitar notar que faltaba algo. Lo central de la Jerusalén terrenal no se encontraba en la Jerusalén celestial. “No había templo en ella”, dice Juan. ¿Por qué no había templo? “El Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo...” (lee Apocalipsis 21:22). ¡Dios es el templo! Dios es nuestra morada. Pablo dijo: “Porque en Él vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17:28). ¡En Él! ¿Puedes verte totalmente envuelto en este Dios maravilloso que creó los cielos y la tierra para un propósito, convertirse en la morada de miles y miles de hijos e hijas? ¡Con solo pensarlo nuestros corazones son cautivados!

Desde Génesis hasta Apocalipsis, los tratos de Dios con los hombres han constituido una progresiva transición de lo terrenal hacia lo celestial, echando a un lado los símbolos religiosos que sirvieron como lecciones prácticas solo durante un tiempo a la vez que Él se revelaba a Sí mismo. Con mucha frecuencia Dios tuvo que quitar forzosamente esos símbolos que fueron dados como ayuda en esta revelación por causa de la tendencia de Israel a quedarse atada a ellos. Esteban reprendió al concilio de la Jerusalén natural por su excesiva devoción al templo terrenal, haciendo alusión al hecho de que Dios ya no moraba más en templos hechos de manos de hombres. ¡Pero estos sabios altivos de Israel no lo aceptaron como verdad, a pesar de que uno de sus profetas fue el que lo había dicho primero! Esteban pagó con su vida por atreverse a hablar en contra de su reliquia santa. No obstante, tal y como Jesús lo había profetizado, ni una sola piedra del templo natural quedó encima de otra para el año 70 D.C. Dios había abolido los lugares santos, los simbolismos y las ceremonias de la religión, que solo eran sombras dadas por Él para indicar hacia la sustancia mayor que vendría más tarde.

La Sustancia ha venido. Cristo ha cumplido todos los tipos y sombras del Antiguo Pacto. Dios es luz y en Él no hay sombra de variación. Siempre ha sido Su plan sustituir la sombra con la luz y la sustancia—cambiar lo simbólico por la realidad—para despojar el engranaje de la religión hasta que queden sólo Él y el Cordero. Quitará y seguirá quitando hasta que no quede otro templo que Jesús y el Padre—hasta que no queden lugares santos, sino solo ellos, hasta que no quede otra luz o sabiduría que no sean ellos mismos. En el Sión celestial, al que somos llamados, no hay servicios santos ni sacerdotes que medien entre Dios y Su pueblo, solo el Sumo Sacerdote, Cristo Jesús.

En Sión Dios ya no está velado, sino que el tabernáculo de Dios es con los hombres. Dios nos llama a vivir en esta realidad celestial ahora mismo, cada día. ¿Sabemos realmente el honor que esto significa? ¿Sabemos realmente lo que significa que Dios y el Cordero sean nuestro templo, nuestra morada, que no tengamos nada tan sagrado como Ellos? Juan escribió de Jesús, el Verbo, “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad” (Juan 1:14). Isaías profetizó de Jesús: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel (Dios con nosotros). (Isaías 7:14). ¡Mira! ¡El Tabernáculo de Dios es con los hombres!

Mientras tanto los sacrificios simbólicos, los ritos y rituales siguieron en Gabaón. En estos dos montes tenemos un ejemplo perfecto de la condición de la cristiandad hoy día. Por un lado tenemos a los que han hecho de Dios su morada, los que Le adoran en Espíritu y en verdad, que no tienen ningún lugar sagrado sino solo a Él, y solo a Él adoran. Después están los que prefieren las sombras de la religión, los que piensan que los candelabros ardientes y el incienso, el rociamiento del agua santa y todos sus iconos, son hermosos, y que por tanto, Dios los ama.

El hombre religioso parece obsesionado con coser el velo que Dios rasgó de arriba abajo cuando restauró el tabernáculo abierto de David. El hombre religioso prefiere la

adoración de la *adoración*, en lugar de la adoración de Aquel que quiere que Le adoremos en Espíritu y en Verdad. El hombre religioso idolatra las cosas terrenales, los símbolos transitorios que Dios dio durante un tiempo para apuntar a las cosas celestiales. Inevitablemente, el hombre religioso convierte al medio en un obstáculo permanente y rehúsa soltar lo que Dios ha roto y desechado.

De este modo el hombre religioso rehúsa el nuevo sacerdocio, “para siempre según el orden de Melquisedec” (Hebreos 6:20), aferrándose al modelo del sacerdocio mediador del Antiguo Testamento que Dios ha sustituido. Otro enganche a la era del Antiguo Testamento lo constituye la veneración de los lugares santos. Esta es la idolatría que atrae al hombre caído y estorba al propósito de Dios al llamar a un pueblo hacia Sí mismo. Lo más trágico de todo es que la devoción a las ceremonias y rituales que solo exigen una participación pasiva es tomada por error como devoción por Dios.

Jeremías profetizó contra la equivocada devoción por los templos y las ceremonias, que Israel consideraba que la protegerían de la invasión de los ejércitos babilónicos.

No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. (Jeremías 7:4)

Cuando comparamos Gabaón y Sión, tenemos una visión profética del propósito de Dios al separarse Él mismo de la casa o del sistema de adoración. La casa siguió en Gabaón, mientras Dios tomaba residencia en Sión. El tabernáculo terrenal y sacerdocio eran sombras solamente (Hebreos 8:5). ¡Dios es Luz! El autor de Hebreos escribió lo siguiente sobre el santuario terrenal. “...sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.”

¡Dios es sustancia! El santuario terrenal sirvió como testimonio de las cosas celestiales durante un tiempo, pero ese tiempo ha terminado. ¡Ha llegado la realidad! ¡Ha amanecido! La historia de la Biblia es la historia de la búsqueda de Dios de un pueblo que Le adoraría en Espíritu y en verdad. Él anhelaba un tiempo en el que se cumpliera Su pasión por tener una nación santa y un sacerdocio real para Sí. Esto es lo que quiere el Padre, una casa espiritual hecha de piedras vivas, que ofrecen sacrificios espirituales.

Encontramos varios tipos y sombras del Antiguo Testamento que apuntan hacia esta gran prioridad divina. El quiso separarse de la casa, dividir la luz de las sombras, lo ritual de la realidad que Él es.

Vemos un gran ejemplo de esto en la vida de Jacob.

“Y llegó Jacob a Luz, que está en tierra de Canaán (esta es **Bet-el**), él y todo el pueblo que con él estaba. Y edificó allí un altar, y llamó al lugar **El-bet-el**, porque allí le había aparecido Dios, cuando huía de su hermano. Entonces murió Débora, ama de Rebeca, y fue sepultada al pie de **Bet-el**, debajo de una encina, la cual fue llamada Alón-bacut. Apareció otra vez Dios a Jacob, cuando había vuelto de Padan-aram, y le bendijo. Y le dijo Dios: **Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel.**” (Génesis 35:6 -10).

Tras robar mediante engaño los derechos de primogenitura a su hermano Esaú, Jacob se encontró huyendo por su vida. Esa misma noche tuvo un sueño mientras yacía durmiendo sobre la tierra. Vio una escalera sobre la tierra cuya parte superior alcanzaba al cielo y los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella. Dios estaba en la parte superior de la escalera confirmando el pacto que había hecho con Abraham e Isaac

diciendo, “Yo soy el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac”. Jacob llamó Betel, a este sitio, que significa *Casa de Dios*.

Muchos años más tarde, después de haber sido quebrantado en Peniel, Dios llamó a Jacob de vuelta a Betel, donde Jacob hizo algo muy significativo. Construyó un altar y cambió el nombre de Betel, la casa de Dios, a El-Betel, que significa *el Dios de la Casa de Dios* (lee Génesis 35:6-10). Finalmente Jacob vio más allá de lo físico y lo geográfico. Vio más allá de lugares santos, hasta el Dios Santo. Vio más allá de Betel hasta El-Betel. Este es el viaje que hay ante nosotros. La devoción de lugares santos y prácticas santas finalmente tiene que dar paso a una devoción de corazón puro al *Dios de la casa de Dios*. Por causa de esta revelación Dios cambió el nombre de Jacob por el de *Israel*, “alguien que gobierna con y como Dios”.

El hombre religioso resiste la transición de Betel a El-Betel. Ama sus lugares santos y matará por preservarlos. Los primeros creyentes predicaron que había sucedido una gran transición hasta el punto de que “el Altísimo no mora en templos hechos de manos” (lee Hechos 7:48, 17:24). Dios no es adorado en esta o en esta otra montaña, sino en Espíritu y en Verdad. La iglesia temprana captó esta verdad bastante bien y no hizo ningún intento de construir santuarios “cristianos” hasta bien entrado el cuarto siglo, después de que Roma y los judíos hubieran sistemáticamente matado a la mayoría de los líderes de Dios dirigidos por el Espíritu. Sabían que Dios no está más confinado en lugares santos, sino que llena a bdo aquel que Le invite a entrar. Ya no santifica más “esta montaña” o la vieja Jerusalén. Jesús habló de un tiempo, “la hora viene cuando ni en este monte (Gerizim) ni en Jerusalén, adorarán al Padre... pero la hora viene y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a tales adoradores. Dios es Espíritu y los que Le adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad” (mira Juan 4:21-24). ¿Haremos nosotros esa transición? ¿Nos aferraremos a nuestros lugares santos y prácticas santas o Le adoraremos a Él que es Espíritu, en espíritu? ¿Qué escogeremos—ministrar a la casa o ministrar a Dios—ministrar a cosas santas o ministrar a un Dios santo?

Ha habido una gran transición de todo lo que es ilustrativo, ceremonioso y simbólico a la Persona de Dios. Una transición de esta índole exige un despojamiento. De hecho, eso es lo que Jesús vino a hacer. Esta es la naturaleza de la obra de Aquel que dijo, “He aquí que vengo Oh Dios, para hacer Tu voluntad”. Jesús quitó lo primero para establecer lo segundo (Hebreos 10:9). Él quita las cosas primeras de la religión para establecer la realidad de Él mismo dentro de nosotros. Creemos que estamos en el día en que ese despojamiento se ha acelerado y Dios ha dividido aún más Betel, todas las cosas religiosas aplicadas a la casa, hasta El-Betel, el Dios de la casa.

El ministerio a la Casa y el Ministerio de Sadoc

Hallamos otro ejemplo del deseo de Dios de desmarcarse a Sí mismo del servicio a la casa en Ezequiel 44. Se había designado un nuevo sacerdocio para acercarse a Dios y adorarlo. En Samuel 2:35 hallamos el anuncio profético del juicio sobre Elí, el Sumo Sacerdote, y su casa, seguido del levantamiento de un sacerdocio nuevo y eterno. “Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días.”

Este sacerdocio fiel comenzó con Sadoc, el descendiente de Itamar, el hijo menor de Aarón. Sadoc era profeta además de sacerdote (lee 2ª Samuel 15:23,28). Aquí vemos que Dios está llamando a un nuevo sacerdocio a salir del antiguo. Este nuevo sacerdocio haría lo que estaba en el corazón y la mente de Dios. Este nuevo sacerdocio se

acercaría mucho más a la intención original de Dios de un sacerdocio real, y como el sacerdocio de Melquisedec, sería también superior al sacerdocio de Aarón.

El sacerdocio de Sadoc es el tipo natural del sacerdocio de Melquisedec. De hecho, Sadoc (justicia) es la última parte de Melqui-sedec (rey de justicia). El sacerdocio de Melquisedec es un sacerdocio eterno, que no tiene ni principio ni fin. En la mente de Dios, este sacerdocio fue concebido antes de la fundación del mundo, en la eternidad pasada. En Ezequiel 44, vemos dos sacerdocios, uno que cambia y otro eterno. Uno ministra a la casa (templo) y el otro a lo que más ama el corazón y la mente de Dios.

Jean Lead escribió:

Hay un ministerio que ministrará a la casa, al pueblo de Dios, pero hay otro sacerdocio más exaltado, el sacerdocio de Sadoc o Melquisedec, que se acercará a Dios y Le ministrará a Él y al pueblo. "Cuando salgan al atrio exterior, al atrio de afuera, al pueblo, se quitarán las vestiduras con que ministraron, y las dejarán en las cámaras del santuario, y se vestirán de otros vestidos, para no santificar al pueblo con sus vestiduras."

Mucho después de morir Sadoc el Sumo Sacerdote, David y Salomón, Ezequiel profetizó un nuevo orden sacerdotal dividiendo en dos el sacerdocio aarónico.

"Y los levitas que se apartaron de mí cuando Israel se alejó de mí, yéndose tras sus ídolos, llevarán su iniquidad. Y servirán en mi santuario como porteros a las puertas de la casa y sirvientes en la casa; ellos matarán el holocausto y la víctima para el pueblo, y estarán ante él para servirle. Por cuanto les sirvieron delante de sus ídolos, y fueron a la casa de Israel por tropezadero de maldad; por tanto, he alzado mi mano y jurado, dice Jehová el Señor, que ellos llevarán su iniquidad. No se acercarán a mí para servirme como sacerdotes, ni se acercarán a ninguna de mis cosas santas, a mis cosas santísimas, sino que llevarán su vergüenza y las abominaciones que hicieron. Les pondré, pues, por guardas encargados de la custodia de la casa, para todo el servicio de ella, y para todo lo que en ella haya de hacerse. Mas los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento del santuario cuando los hijos de Israel se apartaron de mí, ellos se acercarán para ministrar ante mí, y delante de mí estarán para ofrecerme la grosura y la sangre, dice Jehová el Señor. Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para servirme, y guardarán mis ordenanzas. Y cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán vestiduras de lino; no llevarán sobre ellos cosa de lana, cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa. Turbantes de lino tendrán sobre sus cabezas, y calzoncillos de lino sobre sus lomos; no se ceñirán cosa que los haga sudar. Cuando salgan al atrio exterior, al atrio de afuera, al pueblo, se quitarán las vestiduras con que ministraron, y las dejarán en las cámaras del santuario, y se vestirán de otros vestidos, para no santificar al pueblo con sus vestiduras. Y no se raparán su cabeza, ni dejarán crecer su cabello, sino que lo recortarán solamente. Ninguno de los sacerdotes beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior. Ni viuda ni repudiada tomará por mujer, sino que tomará virgen del linaje de la casa de Israel, o viuda que fuere viuda de sacerdote. Y enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo santo y lo profano, y les enseñarán a *discernir* entre lo limpio y lo no limpio. En los casos de pleito ellos estarán para juzgar; conforme a mis juicios juzgarán; y mis leyes y mis decretos guardarán en todas mis fiestas solemnes, y santificarán mis días de reposo. No se acercarán a hombre muerto para contaminarse; pero por padre o madre, hijo o hija, hermano, o hermana que no haya tenido marido, sí podrán contaminarse. Y después de su purificación, le contarán siete días. Y el día que entre al santuario, al atrio interior, para ministrar en el santuario, ofrecerá su expiación, dice

Jehová el Señor. Y habrá para ellos heredad; yo seré su heredad, pero no les daréis posesión en Israel; Yo soy su posesión.” (Ezequiel 44:10-28).

Mientras Ezequiel describía su visión del templo, dijo, “Esta cámara que mira hacia el sur es de los sacerdotes que hacen la guardia del templo. Y la cámara que mira hacia el norte es de los sacerdotes que hacen la guardia del altar; estos son los hijos de Sadoc, los cuales son llamados de los hijos de Leví para ministrar a Jehová.” (Ezequiel 40:45-46).

¡Vió al remanente de Sadoc como un sacerdocio llamado de entre el sacerdocio! “A los sacerdotes levitas que son del linaje de Sadoc, que se acerquen a mí, dice Jehová el Señor, para ministrar ante mí, darás un becerro de la vacada para expiación” (Ezequiel 43:19). El ministerio de Sadoc es separado del mundo y solo tiene una misión en la vida: ¡Estar en la mesa del Señor y ministrarle! Este es el ministerio del Monte Sión, la ciudad del Gran Rey, Dios mismo.

La tienda con tres partes del tabernáculo de David que desveló el arca a todos testifica de esto mismo. Dios advirtió a David haciendo una clara distinción entre Su casa y los templos construidos por los hombres cuando Natán el profeta corrigió a David por intentar construir un templo de cedro para albergar el Arca y los sacerdotes que antes habían ministrado en el tabernáculo de reunión.

“Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que yo more? Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo. Y en todo cuanto he andado con todos los hijos de Israel, ¿he hablado yo palabra a alguna de las tribus de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel, diciendo: Por qué no me habéis edificado casa de cedro? Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel.”

“Y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra. Además, yo fijaré lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré, para que habite en su lugar y nunca más sea removido, ni los inicuos le aflijan más, como al principio, desde el día en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y a ti te daré descanso de todos tus enemigos. Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa.” (2ª Samuel 7:5-11).

¿Cuál es esta casa que Dios había de construir para David, un tipo de Su propio Hijo? Esteban lo vio, habló de ello al sacerdote que Dios había desterrado al atrio exterior para ministrar al pueblo, y ¡fue matado por revelar sus corazones malignos!

“Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, Y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas? ¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y

matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.” (Hechos 7:47-53).

Hoy, lo que la mayoría de los hombres de iglesia llaman “ministerio” se centra en la casa. Oímos muchísimo sobre ministrar al pueblo pero muy poco sobre el ministerio al Señor. Sin embargo, el verdadero pueblo de Dios tiene un corazón y un enfoque diferentes. Su clamor es por una cosa, ese tabernáculo de David en el monte Sión. Su pasión es capturada por las palabras de este cántico que fue escrito hace más de veinte años por un grupo llamado Petra:

Llévame

Llévame más allá del atrio exterior

Hasta el Lugar Santo

Más allá del altar de bronce

Señor, quiero ver Tu rostro

Pásame por la muchedumbre

Los sacerdotes que cantan Tus alabanzas

Tengo hambre y sed de Tu justicia

Y solo la encuentro en un lugar

Llévame al Lugar Santísimo

Por la sangre del Cordero

Llévame al Lugar Santísimo

Toma la brasa, limpia mis labios, heme aquí

Toma la brasa, limpia mis labios, heme aquí

En sus tratos con los hijos de Sadoc, el Señor comenzó a hacer precisamente esta distinción. Él separó claramente el ministerio en dos categorías, el ministerio a la casa y el ministerio a Él mismo. Estaba introduciendo un nuevo y más alto orden de ministerio en el que Él es central, no en tipo, sino en realidad, y al hacerlo, se distinguió a Sí mismo de aquello que el hombre religioso venera por encima de todo lo demás—ministerio a la casa y a los congregantes.

Sería bueno escuchar las palabras de un hombre que vivió en Inglaterra, un verdadero buscador en un siglo XVII en el que muchos guías ciegos vendían su producto. Se llamaba George Fox:

Fui enviado por el Señor Dios del cielo y de la tierra a predicar libremente y a sacar a la gente de estos templos externos hechos de manos, en los que Dios no habita; para que pudieran saber que sus cuerpos serían los nuevos templos de Dios y de Cristo; y para llevar a la gente lejos de sus ceremonias supersticiosas, de sus costumbres judías y paganizantes, tradiciones y doctrinas de hombres; y de todos los asalariados del mundo, que toman los diezmos y grandes salarios, predicando por lucro, y adivinando por dinero, a quienes “Dios y Cristo jamás enviaron, como ellos mismos confiesan cuando dicen que nunca escucharon ni la voz de Dios ni la de Cristo. Exhorté a la gente a salir de estas cosas, guiándoles hacia el Espíritu y la gracia de Dios en ellos mismos, y a Luz de Jesús en sus propios corazones; para que puedan llegar a conocer a Cristo, su Maestro gratis, para llevarles salvación y para exponerles las Escrituras.”

Dios nunca quiso que el templo fuera un accesorio fijo en Su reino. Indicó su aprobación a ello por causa de la ignorancia del hombre. Como muchas otras cosas, fue meramente una sombra de las buenas cosas que quedaban aún por llegar, un templo no hecho de manos, sino de piedras vivas.

¿Es posible que el actual énfasis en el ministerio a la gente brote de una idolatría similar a la de los hijos de Leví? Los pastores reciben clases sobre plantación de iglesias, edificación de iglesias, y como hacer iglesias “de fácil uso”. Ofrecemos sacrificio, diezmamos, tocamos música de adoración, ministramos a la gente. Todo va de la gente y de sus necesidades y de lo que les hace sentir bien y quieren regresar para seguir ayudando a la máquina que han creado. En poco tiempo todo es idolatría porque el enfoque real y el motivo que hay tras el “ministerio” no es Dios, sino edificar, por medio del sudor y del esfuerzo, el ministerio de un hombre o de los hombres.

Sin sudor

Los sacerdotes santos de los hijos de Sadoc no podían vestir nada que les provocara sudor.

“Y cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán vestiduras de lino; no llevarán sobre ellos cosa de lana, cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa. Turbantes de lino tendrán sobre sus cabezas, y calzoncillos de lino sobre sus lomos; no se ceñirán cosa que los haga sudar. Cuando salgan al atrio exterior, al atrio de afuera, al pueblo, se quitarán las vestiduras con que ministraron, y las dejarán en las cámaras del santuario, y se vestirán de otros vestidos, para no santificar al pueblo con sus vestiduras.” (Ezequiel 44:17-19).

Esto es extremadamente significativo considerando que el sudor es mencionado por primera vez en relación con la maldición (lee Génesis 3:19). La tierra fue maldita por el pecado de Adán y solo daría su fruto después de sudor y duro trabajo. Evidentemente antes de la caída, la tierra daba su fruto a Adán y Eva sin esfuerzo por parte de ellos. No había sudor. Pero ahora, por causa del pecado, Adán trabajaría la tierra con el sudor de su frente. El sudor habla del esfuerzo humano. Habla de una tarea inacabada. El mismo instante en que el hombre cayó de su reposo, tuvo que trabajar para producir lo que una vez había sido orgánico y natural. Dios no permitiría tal esfuerzo en su sacerdocio

santo—sin sudor de la frente, porque Él es completamente suficiente. Tomamos prestadas las palabras de Pablo: “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.” (2ª Corintios 3:5-6).

Esta suficiencia divina que caracteriza al Ministerio del Nuevo Pacto está directamente relacionada con la obra acabada de Cristo. “¡Consumado es!” ¡Todo ya ha terminado! No queda nada por lo que el hombre tenga que sudar. No hay lugar para alicatar y trabajar duro en el reino de Dios. Cada planta que Dios no ha plantado será arrancada. El santo sacerdocio que Dios busca no está llamado a trabajar sino a mostrar Sus virtudes como Él dijo, “Yo soy su posesión”. Dios no solo desea poseer a un pueblo, santo y peculiar, sino que quiere que ellos Le posean a Él de forma que Él sea visto, que sea sentido y que sea conocido en el mundo. Dios tendrá un sacerdocio que Le poseerá, y a falta de un término mejor, que serán Su ejemplo y ministrarán conforme a Su suficiencia. Este fue su objetivo desde el principio, y no ha cambiado.

¡Cuanto más nos acercamos a Sión, más cerca estamos del descubrimiento de nuestra herencia, que no es otra cosa que Dios mismo! ¡Al final avanzamos camino de casa!

Habéis venido a Sión

La gloria de Sión no fue esa gloria que la Reina de Saba vio cuando dijo, “no se ha descrito ni la mitad de todo ello”. Fue vista en la humilde tienda de David, abierta por un lado, donde el Arca de la presencia yacía abiertamente. Ahí fue donde Dios reveló con gran detalle el deseo de Su corazón de atraer hacia Sí a un pueblo y tener un sacerdocio real y una nación santa.

El Señor habló Su corazón por medio de Amós cuando dijo,

“En aquel día Yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado” (Amós 9:11).

Santiago recitó el versículo de Amós como prueba de que los gentiles habían sido aceptados en la mancomunidad sin adscribirse a la ley de Antiguo Testamento.

Simeón informó de cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para obtener de ellos un pueblo para su nombre. Esto concuerda con las palabras de los profetas. Como está escrito: Después de esto volveré. Y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; Y repararé sus ruinas, Y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos.” (Hechos 15:14-18).

Amós no profetizó, “reedificaré el templo de Salomón...” ¡No! Es la tienda abierta de David la que Dios se ha propuesto restaurar en estos últimos días. Esto es lo que es Sión—la morada del Dios viviente. Dios prefiere tanto más Su tienda que los templos hechos de manos de hombres.

Cuando el autor de Hebreos escribió, “Habéis venido a Sión”, es seguro que esta tienda de David y todo lo que representa, estaba en mente. Porque escribió, “Habéis venido... a Dios”. Esto va precisamente de todo eso, de venir a Dios, de llegar a un lugar en el viaje en el que Él es todo y en todos. Aquí es donde la tienda de Dios mora con los hombres y

no hay más templos excepto Él mismo. Aquí es donde la casa junto con sus sombras y símbolos es sustituida por la realidad mayor—Dios mismo. Jeremías profetizó exactamente de una transición tal que el Arca de Pacto sería olvidada y Jerusalén sería llamada “el trono de Jehová”.

“Y acontecerá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra, en esos días, dice Jehová, no se dirá más: Arca del pacto de Jehová; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la echarán de menos, ni se hará otra. En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: Trono de Jehová, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalén; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón. En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntamente de la tierra del norte a la tierra que hice heredar a vuestros padres. Yo preguntaba: ¿Cómo os pondré por hijos, y os daré la tierra deseable, la rica heredad de las naciones? Y dije: Me llamaréis: Padre mío, y no os apartaréis de en pos de mí.” (Jeremías 3:16-19).

Sión es el centro de la morada de Dios. Es ahí donde el arca halló su reposo. Dios estaba localizado en el Antiguo Testamento. Si querías adorarlo, tenías que ir al lugar donde Él hizo que estuviera Su Nombre. “Helo aquí, helo allí”. Hoy no hay lugares sagrados ni tierra santa. Él no es adorado en este monte o en este otro, en Jerusalén, Constantinopla o Roma. ¿Dónde está el Señor hoy? Donde dos o tres se congregan en Su nombre, Él dice, “Ahí estoy Yo”. Él habita en el templo hecho de piedras vivas. En cuanto un grupo se reúne alrededor de un centro distinto que el Dios Viviente, dejan de vivir en Sión porque Sión es el lugar de la presencia de Dios. No puede ser un lugar fijo, porque es dondequiera que Él more.

Finalmente Dios llamó a un pueblo hacia Sí—un reino de sacerdotes, una nación santa—finalmente un sacerdocio para ministrarle a Él—no una casta selecta de sacerdotes sino el sacerdocio de todos los creyentes.

¡No has llegado al Monte Sinaí! ¡Has llegado al Monte Sión! Has llegado a Dios a través de un viaje que representa un tremendo cambio desde lo natural—lo que podías ver con tus ojos naturales—al Sión espiritual. No has llegado a un sistema que pueda ser apropiado y tocado por los sentidos naturales. ¡Aquello a lo que hemos llegado es mucho más real que todo esto! Llegamos (tiempo presente), al Dios viviente. ¡Llegamos más allá de sistemas velados, más allá de templos con diferentes grados de ascensos, llegamos al Dios Viviente!

Sión es el fin de sistemas velados y habiendo llegado a Sión, estamos cara a cara viendo Su gloria. El velo del templo fue rasgado cuando el velo, la carne de Cristo, fue rasgada en el calvario.

Isaías profetizó,

“Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho.” (Isaías 25:7-8)

Todos los velos que Le oscurezcan, que le mantengan a distancia de Su pueblo, son quitados en Cristo. En todo su alcance y significado, Sión es el cumplimiento del propósito de Dios de atraer a un pueblo, sobre alas de águila, a una relación abierta con Él mismo, tan íntima que Él mismo puede enjugar las lágrimas de los ojos de ellos.

Pablo escribió sobre esto, “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor...” (Efesios 1:4).

“Delante de Él en amor...” ¡Éste es el gran criterio! No importa lo noble que sea el pensamiento, acto o palabra, si no es concebido, nutrido y llevado a fructificación ante Él en amor, no es nacido ni santificado por la presencia del Dios viviente, no es santo. Es la presencia de Dios que santifica y hace santo. Es la presencia de Dios lo que hace peculiar a una congregación de personas. Podemos predicar, enseñar, o de otro modo, darle la lata a la gente continuamente, exhortándoles a hacer lo correcto pero solo la presencia del Dios viviente puede reprendernos y capacitarnos para vivir por encima de nuestros defectos. Él es fuego consumidor, fuego que consume la paja de nuestras vidas. Solo lo que está ante Él puede reconocerse como sin mancha. Todos los tratos de Dios tienen un solo fin a la vista—atraer a un pueblo hacia Sí para que puedan estar delante de Él en amor. Su corazón no se deleita cuando el pueblo está temblando al pie de la montaña, pidiendo que sean otros los que se acerquen a Él en nombre de ellos.

¡No! Su voz todavía puede oírse resonando a través del tiempo y de la eternidad, “Yo... os atraje hacia Mí... Me seréis un reino de sacerdotes, una nación santa.”

Dios anhela que la nube de gloria que un día descansó sobre el Arca tras el velo en el templo, descanse ahora en cada morada.

“Y creará Jehová sobre toda la morada del monte de Sión, y sobre los lugares de sus convocaciones, nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas; porque sobre toda gloria habrá un dosel” (Isaías 4:5).

Ahí, en el monte Sión, en una visión profética de cuarenta años, el velo fue quitado y el israelita y el gentil, ambos estuvieron delante del arca en adoración. ¡Sión es el ámbito de la absoluta presencia y señorío de Dios! Es ahí donde el velo es quitado. Fue ahí donde Él rasgó el velo del templo de arriba abajo. Solo los que han visto a Dios con rostros al descubierto, pueden quitar el velo de los rostros de otros. Cuando contactas con esa gente, puedes entrar en contacto con el Sión de Dios.

Las palabras de Cristo habladas desde la cruz, “Consumado es”, son una invitación a entrar más allá del velo, a la morada celestial de Dios de la que el Sión natural era solo un tipo físico. Todo ha sido acabado. Él ha destruido “la cubierta que hay sobre toda la gente, y el velo que hay extendido por todas las naciones”. El camino hacia esa habitación celestial de Dios está abierto. El velo entre lo temporal y lo celestial ha sido quitado en Cristo. Hemos venido al Monte Sión, la ciudad del Dios viviente, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos, a Dios mismo.

Por la justicia de Cristo, podemos ahora estar en pie en la presencia de Dios. Si, todas las obras de justicia que pudieran ganarnos acceso a través del velo rasgado hacia el lugar santísimo están totalmente acabadas en Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote. Por tanto, el autor de Hebreos nos exhorta a ser un sacerdocio santo.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro... Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. (Hebreos 4:16-10:19-22).

Finalmente está abierto el camino al huerto de Dios, donde podemos volver a entrar en esas obras que estaban acabadas desde la fundación del mundo. Este es el asunto que ocupará nuestros pensamientos en la segunda parte.

Este artículo es la primera parte de *El Eterno Propósito de Dios* y está disponible en libro